

Zelaida

La leyenda de Zelaida, breve resumen:

La de Zelaida es una historia de hace muchos años que empezó y terminó en la sierra del Achuelo, a pocos kilómetros de Montefrío. Una historia que sólo duró de abril a noviembre, poco más que las hojas del manzano. Corría el año de 1924, Zelaida vivía con sus padres y su abuelo en una pequeña casa de labor, llamada la Zumaquera, por los muchos zumaques silvestres que crecían en los cercados, lindazos, masanos y repechos. En la función de campo de Muro, conoció a Miguel, un joven campesino de su misma edad, diecisiete años. Días después, cuando Zelaida regresaba del pueblo de hacer unos mandaos, en un recodo de la vereda se tropieza Miguel que la aguardaba sentado bajo un quejigo. Se miran fijamente, sin pronunciar palabra alguna. Tras algún largo silencio, Miguel le pregunta:

- Zelaida, ¿me dejas que te quiera?

De nuevo el silencio, un silencio hondo, tenso y alargado. Sonrojados ambos, oyen cómo respiran las hojas de los árboles. Zelaida temblando, no sabe responder. Se le ahogan las palabras. Mira a Miguel con el alma en los ojos y le sonríe. Desde aquel instante, todas las tardes se ven bajo que el quejigo. Se miran largamente, profundamente, tan cerca que cada uno siente en su cara el aliento del otro. Ruborizados, agitados sus cuerpos por un ligero temblor. Callados, se hablan con los ojos, callados, están más el uno en el otro, callados se aman más intensamente, están de más las palabras.

Llega el otoño y con él llega el temporal de lluvias más grandes que se había conocido. Un gigantesco hundidero provocado por las aguas sorprende a Miguel y lo sepulta bajo un alud de barro, árboles y rocas. Zelaida lo llama hasta enronquecer y lo busca desesperadamente durante toda la noche. Derrotada por la catástrofe, llenba de barro, con las manos y los pies ensangrentados, regresa a su pequeña casa de labor. Pasan los días y Zelaida a penas come, apenas duerme, apenas vive. Un atardecer, se acerca por la verda hasta el quejigo. Aquel quejigo que conoció sus horas de iluminada felicidad. Bajo el brazo lleva una cuerda. Un viento frío baja de la sierra en el anochecer otoñal. En el silencio y la soledad, suenan las últimas palabras de Zelaida:

- Espérame Miguel, aguarda, me voy contigo.

En los cortantes de los altos tajos de la sierra, rebota durante cien días, el eco de cien campanas que están doblando muerto.

Esta historia, o leyenda, o ambas cosas a la vez, la escuché a un cortijero ya viejo cuando yo tenía alrededor de los doce años. Jamás la he olvidado. En mi continúan y continuarán mientras viva la ingenuidad, la pasión y la tragedia final de Zelaida. Se repitió una vez más la tragicomedia de Calixto y Melibea, de Romeo y Julieta o de los amantes de Teruel.